

Efectos de presencia, efectos de ausencia. Diversas maneras de pensarlo ¹

Janine Puget

La experiencia vincular

La vida en el consultorio y en la vida cotidiana me fue enseñando poco a poco a diferenciar el hablar de otro ausente y el hablar en presencia de otro y otros o ir hablando entre dos o más (Puget 2010). A lo que agrego el hablar consigo mismo así como ya no poder hablar con otro que se tornó impresencia.

El hablar es uno de los haceres producido por encuentros. Y este hacer responde a diferentes imposiciones:

– Las que provienen de las urgencias del mundo interno o más bien del inconsciente, instancia siempre activa y exigente.

– Las que provienen de las relaciones entre personas. Éstas al estar dotadas de una cualidad de alteridad ineludible y de una ajenidad inasible imponen precisamente lo que es ajeno al o a los sujetos. Y ello inicia un proceso según el cual los que devendrán miembros del vínculo tendrán que realizar un trabajo permanente para alojar al otro, a los otros, ser alojados y habitar los espacios vinculares.

– Las que provienen del mundo en el cual se vive, de la multiplicidad de estímulos, por cierto incalculables y que la mente tiende a resumir o fragmentar para protegerse de invasiones masivas. A veces se trata de eventos a los cuales se puede nombrar y otras de hechos

¹ Parte de una conferencia pronunciada en AUPCV, Montevideo, octubre 2011.

innombrables que penetran en la mente, en los conjuntos sin que puedan individualizarse. Muchas veces ni es posible individualizar lo que puede impactar a la mente, a los conjuntos.

Los psicoanalistas de generaciones anteriores se han formado para ir descubriendo significados inconscientes al discurso del analizado y desde ahí proveer un cierto saber acerca de otras maneras de pensarse..., y así diversificar las fuentes de malestar. Acerca de este tema no es necesario extenderme aquí dado que el abanico de posibilidades teóricas es muy grande.

En cambio he notado que ese modelo, el ya aprendido, deja muchos temas, vivencias fuera de la posibilidad de aprehenderlos sobre todo cuando se intenta aplicar al trabajo vincular las teorías instituidas. Y este trabajo vincular me permitió darme cuenta que el análisis llamado individual tiene un componente vincular nada despreciable. O sea que el analista además de ser sujeto-objeto de las transferencias de sus analizados es también otro, el que impone su alteridad al analizado (Puget J. 2010).

Se fue haciendo evidente que merecía una atención especial poder diferenciar lo que sucedía cuando se habla de otro físicamente no presente y cuando se habla de otro con otro, y cuando hablan dos presentes y cuando lo que se habla responde a verse afectado por circunstancias en las cuales se está inmerso, las que imponen efectos a los cuales es ineludible dar un lugar.

También me ha llamado la atención cuando el que está presente puede ser hablado como si no estuviera, como si fuera pura representación y en ese caso, el encuadre vincular da suficientes elementos para pensar lo que sucede en términos de distorsión del efecto de presencia. Es frecuente que en una sesión vincular uno de los miembros del vínculo hable del otro y de los otros al analista como si aquellos otros no estuvieran.

La presencia

La discusión del término presencia requiere alguna puntualización a fin de diferenciar presencias.

La presencia I se refiere al cuerpo. Ésta podría ser la presencia por excelencia, la que impone algo ineludible. Pero ese cuerpo ¿cómo pensarlo? Siguiendo algunas ideas propuestas por J. L. Nancy (2000), el cuerpo es una extensión propia y extranjera para cada uno. No hay nada tan extranjero como el propio cuerpo y al mismo tiempo tan propio. El cuerpo es lo propio y lo impropio. Y ello sucede con el cuerpo del sujeto y con el encuentro entre dos o más. Muchas descripciones de una experiencia clínica comienzan aludiendo al cuerpo del o de los pacientes a manera de intentar captar lo no traducible en palabras.

1 a. Presencia del propio cuerpo

El cuerpo entonces es propio e impropio y a veces se impone a través de algo puntual: el dolor o el placer, la tensión de necesidad y deseo como por ejemplo cuando la insatisfacción es capaz de ser motor de una búsqueda o de la paralización de dicha búsqueda. Vale la pena discutir la diferencia entre el cuerpo presentación y el cuerpo representación. Parto del supuesto que el cuerpo se presenta y altera y que por otro lado promueve representaciones que hacen a lo no presentable. A lo cual agrego una zona impropia, la que no se puede representar ni presentar.

La enfermedad y el dolor dan cuenta de lo impropio del propio cuerpo, suelen ser vividas como ajenos, sorprenden, no debieran existir.

1 b. Presencia del cuerpo del otro

Esta presencia al imponerse con lo propio e impropio abre a lo enigmático del encuentro. Asimismo abre el camino a la serie del placer, lo que a veces se evidencia con descripciones amables referidas al cuerpo del otro: me atrae su cuerpo, su olor, su manera de caminar. Y en la serie del rechazo frases que indican malestar con el otro: me molesta verte gordo/a, no soporto cómo comes..., etc. Pero estos comentarios no son más que una síntesis de lo no decible: aunque se

intente no es posible dar respuestas a lo enigmático del cuerpo del otro. Frases tales como ¿cómo me ves?, que si bien parece esperar una respuesta que pueda ser de aceptación, pareciera siempre incompleta... ¿será cierto? y en caso de serlo ¿por qué si precisamente no me siento bien? O sea que la respuesta probablemente no coincida con una vivencia, imposible de traducir en palabras de otro.

Cuando el cuerpo se presenta como cuerpo enfermo, discapacitado, exige un trabajo específico tanto para el sujeto como en la relación. Es un cuerpo exigente que requiere determinadas actitudes de parte del otro, y aunque algunas provengan de la serie del amparo, de la complementación, según la cual se produciría un borramiento de las necesidades del otro, de todas maneras nunca satisfacen del todo. Es un cuerpo que se presenta más allá de lo que el otro pueda necesitar, sosteniendo un vínculo de componente narcisista capaz de generar culpa o responsabilidad en el otro, o aún más extrañeza. Esa pregunta “¿cómo te sentís?” forma parte de esas preguntas imposibles de contestar y sin embargo que es necesario formular ...como si se pudieran contestar..

A veces el cuerpo dolido del otro o el propio activa los primitivos modelos de amparo-desamparo que aplicados así directamente pueden distorsionar la comprensión de lo que significa el cuerpo en la vincularidad y el cuerpo del mundo interno.

La presencia 2 es la que surge por efectos de lo que impone el juego que se da al percibir la alteridad del otro y de los otros. Ésta es la que impide o cierra el camino a la representación del otro. Es una problemática propia de nuestro trabajo vincular. Y por cierto, tal como lo mencioné anteriormente, no sólo en el dispositivo llamado tradicionalmente vincular sino en cualquier dispositivo como es el de análisis individual.

Esta presencia requiere el ir haciendo un trabajo permanente para convivir, para ir perteneciendo al vínculo, o sea un hacer entre dos o más inacabable.

Ella le dice “yo hoy no me casaría contigo pero no es posible pensarlo dado que estamos casados, tenemos una familia”, es inútil ponerse a pensar en cosas que no pueden ser, ya no podemos elegir. Y

si bien este comentario está dicho crudamente, es una buena síntesis de lo que conlleva pertenecer a una estructura estable y socialmente reconocida, lo que impide el camino al efecto de presencia o efecto novedoso. Acá concibo que la estructura habrá de sostener un vínculo evitando entonces el trabajo del devenir, de la elección, del ir perteneciendo.

El otro difícilmente dirá y sostendrá lo que se espera que haga y por lo tanto cada encuentro incrementa la distancia entre dos o más otros. Que la distancia se incremente, o sea el entre dos, puede ser factor de enriquecimiento o de desesperación cuando distancia equivale a pérdida. Mientras que cuando distancia es equiparada a curiosidad y creatividad, es posible que la experiencia sea de vitalidad y enriquecimiento. Se trata de lo opuesto al aburrimiento del que tantas veces hablan las parejas instaladas en encuadres que se tornan cepos y congelan el ir deviniendo.

Esa presencia descoloca y exige un trabajo. Este trabajo se puede leer siguiendo a Foucault (1975) en términos de prácticas que van a determinar la creación de dispositivos propios a ese presente. En lo que concierne al trabajo vincular, ese trabajo tiene un costo, el de dar un lugar al otro, a ese extranjero que habla otro idioma. He propuesto llamarlo “el impuesto a pagar”. Ir estando entre dos o más implica despojarse de algo para dárselo a otro que no necesariamente habrá de devolverlo. Acá habrá que considerar diferentes reglas de intercambio y para ello resultan útiles lo que han planteado Mauss (1925), Lévi-Strauss (1966), Blanchot (1983), Espósito (1998), etc.

Cuando, por algún motivo no es posible pagar ese impuesto, el encuentro se torna lucha entre efecto de representación y efecto de presentación.

Una pareja habla del otro como si no estuviera..., el otro escucha como si no le importara..., ello sucede en tono de acusación y reproche. Me pregunto por qué permiten ser hablados sin manifestar signos de extrañeza como si ello fuera una manera habitual de hablar entre ellos. ¿Por qué sostener un hablar en presencia como si el otro no estuviera, o sea borrando el efecto de presencia? Una respuesta es que de esta manera ambos evitan tomar conciencia que hablar en presencia necesariamente los puede llevar a cuestionar convicciones, cuestionar

lo que dan por cierto y verse descolocados de posiciones imaginadas como invulnerables.

Otro ejemplo en cambio abre la posibilidad que el efecto de presencia opere una modificación en posiciones narcisistas. Él viene atribuyéndole a ella una serie de actitudes que le molestan de sobre manera y que justifican su conducta actual de reproche y retraimiento. Ella escucha sin inmutarse mucho y al final, cuando se hace un silencio, dice que se dio cuenta que algo de lo que dijo puede ser que le pase a ella. Estando con amigas se le hizo claro que su modalidad un poco brusca condiciona que el otro no pueda darse cuenta si es que está de acuerdo o no con lo dicho. Con sus amigas le fue posible tratar de aclararlo porque ellas estaban dispuestas a escuchar pero con él es imposible porque o no la escucha o usa los comentarios para acusarla con más asiduidad. Ello se torna un círculo vicioso. Salir del efecto de representación requiere un trabajo de a dos. Pero quedarse con el efecto de representación produce un discurso que se torna trampa.

Otro ejemplo se descubre a través de frases como “cuando no estoy con él/ella tengo sentimientos tiernos y pienso que vamos a estar bien, lo/la extraño pero cuando nos encontramos, de vuelta me molesta algo que hace siempre... y no me puedo acostumbrar. Trato de recordar lo que sentía antes, pero ya se me borra y se me nubla la vista”. En términos de objetos internos habría un desfasaje entre la bondad del mismo y lo irritante del otro.

Estos ejemplos dan cuenta de una pelea entre representación y presentación y entre efectos de representación, de recuerdos y efectos de presentación, de presente.

2 a. Efecto de la no-presencia de la presencia

Cuando el otro quiere transmitir algo de los momentos de su no-presencia, con la intención de incluir lo excluido, produce determinados efectos. Esto es por ejemplo cuando se dice “te quiero contar” y el otro no está en posición de escuchar “Ahora no, estoy ocupado/a”. Ocupado en qué., en su mundo interno, por representaciones de esa no-presencia a la cual no se quiere renunciar. “No quiero saber dónde

estuviste porque para mí estuviste en tal lado...”, “sí –dice el otro/a– pero tuve que cambiar de planes porque...” .. “Ah bueno pero me hubieras avisado”, “no te podía avisar porque no me dieron tiempo”. La infidelidad es un exponente claro de la no-presencia con los múltiples efectos que el descubrimiento de la misma trae aparejado. En realidad lo llamado infidelidad denuncia que las reglas de un encuadre no impiden que se establezcan otras relaciones, las que en algunos casos se vivan como infracción a un contrato ilusorio.

2 b. Efectos de presencia de una ausencia: recuerdos dolorosos

Acá daré sentidos a la muerte del otro y a una ausencia tan prolongada que se torna dolorosa o pierde su poder generador de vínculo.

Ésta es una presencia-ausencia que impone recuerdos. Esto es del orden de lo representable, la ausencia-recuerdo se impone como presencia tanto dolorosa como placentera. En su momento la llamé presencia de una ausencia o presencia-ausencia. Es una ausencia que intenta rehusar tornarse recuerdo, a la cual el sujeto se agarra para hacer vivir artificialmente lo que ya no tiene vida. Es la que es puro dolor de ausencia mientras que imaginariamente el recuerdo aporta placer. Se miran fotos que son lindas y recuerdan momentos felices, etc., o si se trata de una ausencia prolongada la que a nivel vincular deja de ser activa para promover novedad, se crea una expectativa de encuentro que ya no tiene el sustento de la realidad del otro... Los recuerdos perturban el presente, los recuerdos dolorosos que traban el camino a los efectos de presente si bien en algún sentido retienen al ausente.

Esta presencia-ausencia tiene varios derivados. Uno de ellos es creativo cuando construye un nuevo personaje descubriendo y reuniendo fragmentos del pasado que cobran significado. Cuando ello toma alguna forma, se expresa con frases tales como “cuando vivía no me di cuenta que...”

Esa presencia-ausencia a veces aparece en sueños, se sueña al otro vivo y en algún momento algo pasa y ese otro desaparece, se esfuma,

se va para otro lado o al revés, el encuentro es maravilloso y el despertar es penoso.

Ya no la muerte misma sino la proximidad de la muerte es una experiencia particular: desorganiza los parámetros vitales como, por ejemplo, la planificación del futuro, se crea un nuevo futuro, la evaluación de la propia vida y de los vínculos, etc..., y, para algunas personas, activa un eje místico imposible de prever.

¿Es la vivencia de la muerte próxima que precipita al sujeto en un mundo en el que tiene la imperiosa necesidad de creer en algo, y de ello surge la experiencia o es la experiencia la que introduce una temporalidad otra?

Esta experiencia tiene algo de revelación..., de brusca e inesperada apertura de un mundo de significados, de sentidos, de emociones. En la misma se cuestionan certezas anteriores y se descubren posibilidades insospechadas.

Frases como “eso me hace acordar” o la misma asociación libre imponen a veces una presencia que altera el curso de lo que va sucediendo. En la vida vincular este tipo de recuerdo puede llegar a interrumpir un diálogo porque dan cuenta de la alteridad irreductible del otro. “Pero si estábamos hablando de otra cosa y ahora te venís con eso”.

También he notado y experimentado que los días de aniversarios de un acontecimiento doloroso como lo es la muerte de alguien querido, si bien puede no tenerse presente la fecha, algún estado de ánimo especial que no proviene del presente actual se activa.

Lo impresente

Ya llegó un momento en el que parece necesario agregar términos que den cuenta de aquello que no corresponde al registro de la presencia ni de la ausencia y sin embargo produce efectos. El término impresencia fue introducido por Badiou (1988, p. 68) y posteriormente propuesto por J. Moreno (2002, p. 132) para dar cuenta de lo irrepresentable. Es un término empleado también por poetas cuando aluden a lo no representable y hablan de la impresencia del amor, de la

escritura. Cada autor le ha dado un lugar en su teoría. Hay un término que incluye una gran variedad de posibilidades que es “amor”. A veces las parejas pese a tener dificultades importantes en su vida diaria manifiestan lo irrepresentable del amor: “*pero nos queremos*”. Y ese *pero* da cuenta de lo inasible que se intenta transmitir... A nivel pulsional, a nivel sublimatorio, a nivel relacional cada uno de nosotros tiene alguna idea de qué se trata, pero ¿será posible dar una definición certera de lo que es el amor? Cuantos poetas, literatos y por cierto psicoanalistas han escrito al respecto. O sea que debe ser de estos términos que incluyen un algo más que ahora ubico en la lógica de la impresencia.

Impresencia no tiene opuestos y si bien clásicamente se establece una oposición entre amor-odio, existe otra posibilidad que es la de proponer que amor no responde a una lógica binaria.

La impresencia no se deja inscribir como recuerdo porque de alguna manera está siempre presente e inmaterial y sostén de muchos de los actos de nuestras vidas. Sin dudas en cada situación, en cada contexto significa otra cosa y además activa un hacer, un trabajo diferente y propio de la situación.

Resulta un término necesario para hablar de un más allá de la presencia, más allá de la ausencia y de los efectos de presente. Y ese más allá hace a la ajenidad absoluta. Impone un límite al posible de ser representado y una de las figuras de la impresencia además del amor es la muerte y el vacío absoluto.

La muerte material del otro impone una no presencia..., una ausencia..., una ausencia que pugna por hacerse presente y ninguno de estos términos sin embargo representa la muerte. ¿Pero esta no presencia corporal tiene algo que ver con la impresencia de la muerte?

De ahí surgen frases como “no me lo podía imaginar” o como lo dice magistralmente Pirandello (1933) en su cuento “Coloquio con la madre” cuando le pide a la madre que no se muera porque no va a tener alguien que lo piense. Otras frases suscitadas por lo no representable tales como “no lo puedo pensar... , me deja mudo... no tengo donde ponerlo...”, son comentarios que corresponden a los efectos de la impresencia... de los eventos que no tienen lugar en la mente y sin

embargo a los cuales denodadamente la mente intenta transformar en representación o en presencia.

Otras figuras de la impresencia son aquellos elementos, eventos que no pueden inscribirse en la mente ni en los conjuntos y que, de intentar hacerlo, imponen un trabajo que de lograrlo desvirtuaría el trabajo vincular y el que incumbe al trabajo psíquico representacional.

Lo impresente tiene como efecto el tomar contacto con el vasto campo de lo silencioso, lo que se ubica en un más allá de lo pensable. O sea que uno de los efectos es la noción de los límites.

Recogemos especialmente signos de lo impresente en el trabajo llamado trabajo de duelo. Uno de sus aspectos es el desesperado intento de re-presentar lo no re-presentable con diversos tipos de íconos. Algo así como revestir lo impresente de ropajes correspondientes a cada espacio de constitución subjetiva en un intento de materializar lo imposible de pensar. Por ejemplo dando vida a los recuerdos cuando resulta insoportable encontrarse con la crudeza de lo impresente.

Sin embargo la muerte hace más presente aquello que ya es representación de la ausencia.

También recogemos efectos de la impresencia cuando algún evento sobrepasa la capacidad de ser pensado. Es posible que la ciencia ficción sea una de las formas de hacer algo con la impresencia e incluso es uno de los términos a veces empleados para mencionar lo no pensable: “esto parece de ciencia ficción”.

Lo dicho enfrenta con grandes temas que podrían ser pensados en términos de impresencia. Uno de ellos es el amor, otro es la muerte y tal vez el lugar de la impresencia de los vínculos.

¿A qué compromete el efecto de presencia?

A un hacer al cual vengo llamando prácticas que dependen del momento y de las condiciones de la situación. Las prácticas generan dispositivos. Edgardo Castro (2004), profundo estudioso de la obra de Foucault, si bien admite que Foucault (1975) no da definiciones claras de lo que entiende por prácticas, propone la siguiente síntesis a la cual

fui dando mi propia interpretación. Se trata de lograr alguna organización racional que impone una regularidad organizadora de lo que los hombres hacen en la medida en que están habitados por el pensamiento. Tiene un carácter sistemático que depende de un saber, del ejercicio de las relaciones de poder y de la ética creada en el conjunto y en los vínculos. Al ser recurrente se va constituyendo en una experiencia y en un pensamiento ligado a la experiencia. ¿Qué tiene de particular esta definición? Probablemente contiene una superposición de un hacer que se impone y regula y de un hacer que no debiera ahogar lo novedoso del hacer en la medida en la que constituye experiencias.

Lo que impone la presencia lo llamo efectos de imposición. De esos efectos tenemos signos. Algunos denuncian una dificultad por lo cual surgen reproches y quejas.

De los que permiten conocer los efectos vitales, recogemos producciones, diálogos que dan lugar al otro, valoramos el escuchar y saberse escuchado y mirado. Una paciente decía ocuparse de su hija porque le demostraba su interés en saber qué había hecho. Un día en que la hija estuvo sola, le cuenta a la mamá que se sintió sola, vacía; la mamá le dice que cómo puede ser si está llena de amigas. La hija insiste, entonces la madre en un repliegue narcisista y omnipotente se pregunta ¿qué habré hecho mal para que esa chica se sienta sola? Le hago notar que la hija no la acusó sino que le comentó un sentimiento, una vivencia, que no depende de la madre, que sólo le pedía que la escuchara pero no que hiciera algo más. Escuchar al otro da trabajo dado que ese dar denuncia la otredad, lo que es el otro independientemente de uno.

El vivir implica pertenecer a un contexto más amplio, el que a su vez en forma inaprensible e imprevisible produce efectos. Esto es a través de eventos, de la televisión, del clima, etc... El clima impone sus condiciones que no dependen de la singularidad de cada uno pero es fácil comprobar cuántas conversaciones suscita sea en términos de queja o de placer... , quejarse del tiempo forma parte de los efectos de un presente inasible, incontrolable que impone sus condiciones al diario vivir.

Lo que llamamos lo social, o la realidad social impone sus condiciones en cuanto al habitar y pertenecer a ella. Ello tampoco depende

de la singularidad de cada uno pero tiene efectos en cada uno y en cada vínculo.

La presencia 3: la del inconsciente

El inconsciente de cada uno impone su presencia pero en ese caso sólo nos enteramos de su impresencia a través de sus representaciones. Acerca de ello hay ya mucho escrito pero me parece válido incluir el inconsciente como una presencia inefable, impropia de la que también vivimos.

Experiencia 1

Lo dicho hasta ahora puede encuadrarse dentro de la temática de lo que se entiende por experiencia. Se trata de hacer experiencia del efecto de presente.

Algo novedoso e inesperado del orden de un sentimiento, de un conocimiento o de un contacto con algo o con otro genera una modificación en la relación o/y en la manera de pensar el mundo. Se trata de una acción o acciones mediante las cuales se comunican nuevos sentidos de lenguaje capaces de incidir sobre la realidad (Benjamín, 1989) o lo que la realidad impone. Una experiencia singular, vincular o social conlleva algunas características generales y otras particulares al contexto en la cual acontece.

La experiencia deja *un aura* intransmisible así como el deseo imposible de transmitir lo vivido. El “aura” es “aquella experiencia donde se vive la realización y contacto irrepetible y único del ser humano con los objetos del mundo” (Ibíd., p. 24).

La experiencia es *intransmisible* (Blanchot, 1983, p. 35) en su contenido pero es posible aludir a ella. Para Benjamín (1989) la experiencia posibilita que un sujeto tome contacto con un contexto social de carácter más amplio y en ese caso ubica al sujeto en la tradición de dicho contexto.

Es también irrepetible y ello la diferencia de un experimento científico.

Una experiencia des-organiza lo establecido, reconstruye en términos derridianos, a lo cual sigue una nueva organización de la mente, de los vínculos, de las situaciones, de la historia. Y ello tiene un efecto en el modo en el que un sujeto o un conjunto se relacionan con un contexto, con un otro en una relación y consigo mismo.

Ello suscita *nuevos puntos de vista*, una nueva mirada. Se activan ejes no pensados, los que podrán ser tanto de orden místico, ético, político, artístico, científico o simplemente humano... “Ya veo la vida distinta...”, etc. El “siempre” queda desvirtuado.

En otras circunstancias el discurso da cuenta de que se produjo una experiencia: “aquel día en que me dijo... o ahora se me abrió la cabeza...”, o “a partir de lo que pasó... ya nada es lo mismo”, o “de golpe lo escuché y me di cuenta que...”.

En cada sesión puede darse alguna de estas condiciones siempre y cuando se haya producido un quiebre, una revelación, la ruptura de una trama sólida y la apertura de una zona enigmática.

Experiencia 2

Acá se trata de dar nombre a una acumulación de conocimientos y prácticas, algo así como un almacenamiento que deberá conservar cierto grado de permanencia en el tiempo. Se la supone transmisible y útil... las experiencias habrán de transformar lentamente al sujeto y a sus vínculos. Conciernen un cierto saber acerca de este enriquecimiento si bien no será posible identificar exactamente en qué consiste. Aquí el concepto de Bion (1962) de aprender de la experiencia podría tener cabida.

Experiencia 3

Se trata de un aprendizaje, de un hacer junto con otros, tiene un valor instrumental. En cualquier profesión o actividad humana la repetición de ciertos actos, el aprendizaje de un método cualquiera otorga una disponibilidad para un accionar. No tiene que ver con sorpresa sino con conocimiento de una práctica.

Por ejemplo adquirimos experiencia dada nuestra afinidad con determinados cuadros psicológicos, con parejas, familias, grupos, y ello es reconocible. El método adquirido otorga la capacidad de ubicarse en una relación, y saber detectar los signos capaces de producir modificaciones.

Éste incluye la idea de elegir permanentemente, de ir haciendo algo con lo que el o la otra es..., propone e impone, en un caso se trata de un cuestionarse permanentemente y en el otro caso anular todo cuestionamiento en base a la ilusión de estabilidad.

Y para terminar vuelvo sobre el tema de la experiencia.

La experiencia analítica tiene que ver con la experiencia 1 y 2. Implica estar atravesado por un conocimiento-percepción específico, el del mundo interno y mundo intersubjetivo y la acumulación de encuentros analíticos, intervenciones e interpretaciones se incorporan como experiencia. Se adquiere un modo de pensar, de pensarse, de pensarse en relación con otros. Y cuando ello sucede no hay vuelta atrás..., algunas personas transitan por un tratamiento terapéutico, otras son atravesadas por la experiencia analítica y la experiencia relacional. Ello suscita un sentimiento de elación y deseo de transmitir o compartir lo que se supone ilusoriamente transmisible. Cuando en una pareja se analiza solo uno de los dos, llega un momento en el que se incrementa la distancia y la posibilidad de comunicarse entre los miembros de la relación como si estuvieran en mundo distintos. “Contame lo que te dijo tu analista”... y este comentario no puede ser contestado dado que un contexto no se transmite.

La experiencia crea una nueva oscuridad y a veces por su cualidad ansiógena determina la aparición de formas de pensamiento tendientes a transformar lo enigmático en datos concretos. Éstos supuestamente aclaran, y precisamente porque aclaran, hacen desaparecer las zonas productoras de ideas nuevas y toda la indeterminación de un relato. Cuando un paciente nos pide una definición exacta, tengamos cuidado... dado que la hiperclaridad de un relato bloquea la necesaria imaginación. Tiene algo del pensamiento pragmático que en nuestro caso se torna estéril. El hacer productivo de una experiencia analítica

suele surgir de la oscuridad de los relatos, o por el contrario de su hiperclaridad.

Bibliografía

- BADIOU, A. (1988) *L'Être et l'événement*, Ed. Du Seuil, 1988.
- BATAILLE, G. (1983) Citado por Blanchot en *La Communauté inavouable*, Ed. de Minuits, 1983.
- BENJAMÍN, W. (1989) *Discursos interrumpidos I, Filosofía del arte y de la historia*. Taurus. Argentina, 1989.
- BION, W. (1962) *Learnig from Experience*. Londres: W. Heinemann. Paidós ibérica, Barcelona. 1980.
- BLANCHOT, M. (1983) *La Communauté Inavouable*. Les Editions de Minuit, 1983.
- CASTRO, E. (2004) *El vocabulario de Michel Foucault*. Universidad Nacional de Quilmes, 2004.
- ESPÓSITO, R. (1998) *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Amorrortu Editores, 2003.
- FOUCAULT, M. (1975) *Vigilar y Castigar*. Siglo XXI, B. Nueva, 2012.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1966) *Las estructuras elementales del parentesco*. Paidós, Bs. As. 1969.
- MAUSS, M. (1925) Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques. *L'année sociologique*, nouvelle série, 1, 1925.
- MORENO, J. (2002) *Ser Humano. La inconsistencia, los vínculos, la crianza*. Libros del Zorzal, 2002. Buenos Aires.
- NANCY, J. L. (2000) *L'intrus*. Ed. Galilée, Francia, 2002.
- PIRANDELLO, L. (1933) "Coloquio con la Madre". En *Cuentos para un año*, Editorial Nórdica, España 2011. ("Coloquio con la Madre": Epílogo del film "Kaos", 1984).
- PUGET, J. (2010) "¿Cómo pensar las realidades como material psicoanalítico?" *Actas Congreso Anual AEAPG*. Panel de Cierre: "Realidades, relatos y contextos del psicoanálisis en la Argentina". R. D'Alvia y J. Puget. 23 oct. 2010. Bs. As. Argentina.